

Un encuentro con Schubert

MARÍA TERESA CASTRILLÓN

El viaje para llegar al lugar donde tiene lugar la Schubertiade (Festival Schubert) en la provincia de Vorarlberg, Austria es toda una Odisea: Hay que volar a París, ahí transbordar a Zürich; ahí, en el mismo aeropuerto tomar el tren que va a Bregenz, capital de Vorarlberg y en esta ciudad tomar un taxi que lleve a Hittisau, pequeño lugar alpino donde está un precioso hotelito al que soy invitada cada año por el Buró de Turismo de Bregenzwald y la Schubertiade como crítica; una vez ahí, el autobús de la Schubertiade te recoge en la puerta del hotel para llevarte a Schwarzenberg, el otro lugarcito donde tienen lugar los conciertos del festival en un auditorio todo de madera con una acústica estupenda. Todo eso hice, con el agravante de que el avión se retrasó en París y perdí sucesivamente todas las conexiones y con la angustia de no llegar a tiempo al concierto que era el motivo principal de mi viaje: el recital de Lied con el Winterreise (Viaje de invierno) el ciclo de 24 Lieder de Schubert con Thomas Quasthoff, ese barítono maravilloso, minusválido por haber sido víctima de la Talidomida, pero que se vale por sí mismo y ha llegado a tener un primerísimo lugar en Europa y en Estados Unidos donde es muy solicitado. Llegué derrapando después de 18 horas de viaje, justo antes de que empezara el concierto, al que entré después de tomar-

me un café expresso doble para no quedarme dormida por el cansancio y el cambio de hora.

Lo que escuchamos fue verdaderamente maravilloso. Ese ciclo de canciones que Schubert escribió en 1827, un año antes de su muerte y que está impregnado de ese espíritu desolado y gélido de un viajero en el duro invierno europeo. Schubert lo prefería a ningún otro ciclo y aunque sus amigos no lo entendieron muy bien a primera oída, él les dijo: "Llegará a gustarles más que ningún otro como a mí". Además de la voz cálida y bella, Quasthoff tiene una enorme musicalidad y se mete en el personaje de cada Lied. Cada uno tenía su espíritu propio y nos iba llevando de la mano con Schubert y con el viajero. Importantísimo el papel de ese extraordinario pianista que es Justus Zeyen, quien no sólo es un acompañante estupendo, sino que interpreta todo el lenguaje de cada Lied, ya fuera el viento, los pasos en la nieve, las lágrimas congeladas, etc. haciendo un todo inseparable con el cantante. Al terminar el último, el desolado Der leiermann (El organillero) Thomas Quasthoff inclinó lentamente la cabeza y había un silencio que nadie se atrevía a romper con prosaicos aplausos. Tardaron varios segundos en un recogimiento casi místico hasta que alguien empezó. Por supuesto no hubo "encores"; nada venía al caso después de esos momentos sublimes. Uno de esos conciertos inolvidables.

Además de este recital que valió por todos había dos conciertos diarios, siempre de música de cámara; de los que me tocaron escuchar destacaron un recital con el pianista

Christian Zacharias (premio Ravel en París, entre otros) que tocó de este compositor la Sonatina y los Valses nobles et sentimentales con exquisitos matices y coloridos; además una sonata y las variaciones sobre "Unser dummer Pöbel meint" de Mozart y la sonata en La mayor Op. Póstuma de Schubert con gran brillantez y transparencia.

Otro recital de Lied, éste de Christiane Oelze no me dejó satisfecha; le falta expresividad y transmitir desde adentro; lo mejor fue El pastor en las rocas de Schubert con clarinete obligado, éste muy bueno, Paul Mayer.

Siguió un concierto de cámara con el Vertavo Quartet, formado por cuatro mujeres noruegas acompañados de clarinete (Sabine Mayer), fagot, corno y contrabajo con un Cuarteto de Haydn, la Serenata para cuerdas de Hugo Wolf y el Octeto en fa mayor de Schubert. Cada instrumentista era magnífico y el conjunto resultó excelente.

El Trio de Viena (Stefan Mendl, piano, Wolfgang Redik, violín y Mathias Gredler, violoncello), todos muy jóvenes, nos ofrecieron un concierto con un trío de Schubert y el Trio en Re menor Op. 63 de Schumann. Totalmente integrados gozaban haciendo música y lo hacían sentir al auditorio.

Otro recital de Lied fue el del barítono Hanno Müller-Brachmann a quien había sentido inmaduro el año pasado, ahora me pareció haber dado un gran salto; ahora ya canta con más entrega. Cantó diversos Lieder de Schubert y Schumann magníficamente acompañado por el pianista Burkhard Kehring.

Si a todo esto añadimos que el entorno es el maravilloso paisaje de los Alpes en los bosques de Bregenz se podrá comprender que es una delicia poder ir a ese paraíso. ■



Lilia Luján